

sino por el de Muhamed el Assadi, en recuerdo del muerto,

No en vano, en mi niñez, mi padre, cuya memoria todos respetáis, me dió a comer el corazón de un león cazado una noche con una trampa puesta en las empalizadas de nuestras tiendas.

La luz de la luna arrancaba irradiaciones de mármol a su blanca vestidura, constelando la noche de sus cabellos profundos de estrellas de oro.

VIII

Aischa, al frente de los suyos, anduvo errante varios meses, acariciando su venganza y ejercitando su valor en encuentros parciales.

Su impetuosidad y destreza en los combates recordaba a sus viejos servidores, a Kula, la célebre hermana del famoso héroe Dherrar, aquel valeroso campeón, terror de los cristianos en las primeras campañas del Islam.

En el sitio de Damasco inmortalizó su nombre.

Acometido una vez por treinta jinetes cristianos, fingió emprender la fuga, para separarlos. Mas tan pronto como hubo logrado su intento, volvió bridas contra ellos, y antes de que pudieran reunirse, puso fuera de combate a diez y siete y persiguió a los restantes.

Hecho prisionero en una emboscada, le llevaron, cargado de cadenas, a Antioquía, y fué pre-

sentado así al hijo de Constantino, emperador de los cristianos, el cual ordenó que se prosternase a su presencia. Negóse Dherrar, y esta desobediencia le valió catorce sablazos.

Le encerraron después en una prisión; mas con la ayuda de un renegado pudo evadirse de ella y, tras gloriosas y heroicas aventuras, llegó de nuevo al campamento, donde su hermana, la bella Kula, le lloraba amargamente, creyéndole muerto.

Al día siguiente dióse otra batalla, en la que hizo prodigios de valor, llegando a ser el terror de los griegos. De un solo sablazo inutilizaba a un enemigo, repitiendo a cada golpe:

—¡Venganza de Dherrar!

El solo dispersaba a los escuadrones enemigos, no atreviéndose a seguirle más que otro guerrero tan heroico como él, que con sus golpes hacía volar en pedazos las armaduras de los contrarios, gritando también:

—¡Venganza de Dherrar!

Dherrar, lleno de admiración y de curiosidad, y deseoso de conocer al guerrero que tan valerosamente le ayudaba a vengarse de los cristianos, corrió a su lado, y se quedó mudo de sorpresa viendo que tan soberbio adalid era su propia hermana la bella Kula.

Aischa renovaríase las heroicas hazañas de la hermana de Dherrar, y al traspasar con su lanza el corazón de Abul Mohadí, exclamaría también, en un alegre grito de victoria:

—¡Venganza de Muhamed el Assadi!

Atravesaron desiertos estériles, oasis floridos, montañas abruptas, y al amanecer de un bello día

de primavera descabalaron en un aduar de la tribu de su enemigo.

Por unos pastores supo Aischa que Abul Mohadí acababa de salir, en peregrinación, hacia la Meca, después de inmolar los novillos más gordos de su rebaño, para dar gracias al Señor por haberle sacado con vida en un encuentro que tuvo con los beduinos del desierto.

Aischa congregó a sus fieles, y todos acordaron emprender también la peregrinación a la Ciudad Santa, para encontrar al matador de Muhamed el Assadi y vengarse de él.

Durante la peregrinación nada podían intentar. La visita a la casa de Dios es santa, y desdichado quien manche sus manos en sangre. Será enterrado en un lugar inmundo y jamás se abrirán a su paso las puertas de oro y diamantes del Paraíso.

Pero podrían seguir al Mohadí, y atacarle a la vuelta, cerca de su propia tribu. Quemar después sus aduares y sus rebaños, esclavizar a sus mujeres y llevar, canforada, su cabeza al viejo Almanzur, para que, antes de morir, sus labios pudiesen sonreír de nuevo al vengador de su hijo.

Emprendieron el camino de la Meca, la Ciudad Santa, en el Hedchar, la región más fértil y bella de la Arabia.

Todas las sendas estaban llenas de peregrinos que acampaban fraternalmente a orillas de las fuentes, en los valles frondosos y pródigos.

Los jaiques listados de los hijos del desierto se mezclaban con los blancos zulhas de los nobles de las ciudades populosas de Bagdad, de Damasco, de Petra, de Danar, la de la célebre universidad,

de Dorán, famosa por la elegancia de sus mezzitas, y de Madchid, la de los más fragantes jazmines, la predilecta de Alí, el sobrino querido del Profeta.

Egipcios de esbeltos miembros de bronce; africanos negros como el basalto de sus montañas; espléndidos señores del Hadramut, de gigantescos turbantes constelados de piedras preciosas; habitantes de Cairuan y de los países del Mogreb, rudos y fuertes, y hasta poetas y guerreros de la lejana España, célebres por su lujo, su magnificencia, y, sobre todo, por su locuacidad. Todos los pueblos del Islam se congregaban en aquella peregrinación anual a la Ciudad Santa.

Los caminos floridos se poblaban de canciones, de tañidos de guzlas, de cantos épicos y de salmodias religiosas.

Mendigos y señores compartían sus alimentos y su fervor.

Desde la cumbre de una umbrosa colina contemplaron un atardecer, entre jardines fabulosos, la Ciudad Santa.

Todos los peregrinos se prosternaron, besando el suelo religiosamente:

—¡Bendita sea la ciudad del Profeta! ¡Alabado sea el Señor, que permite que nuestros ojos la contemplan y nuestros labios besen su tierra sagrada!

A lo lejos, sobrenadando en el oro de la tarde, resplandeciente de azulejes, la Meca se recortaba gloriosamente en el azul, con sus tres formidables ciudadelas, custodias del Islam.

Sus murallas rojas le ceñían la cintura como una faja de púrpura, y en una eminencia se alzaba, rodeada de jardines, la Gran Mezquita con sus siete

elegantes minaretes y sus ciento cincuenta cúpulas.

El aire era una embriaguez gloriosa de perfumes, colores y heroísmos.

Los peregrinos permanecían inclinados sobre el suelo, en extática adoración.

Aischa sentía en sus labios el amargor agrio de la tierra, húmeda aún por las últimas lluvias primaverales.

Nubes de palomas proyectaban sombras fugitivas sobre los minaretes de las mil mezquitas y sobre las altas almenas de la alcazaba.

La voz del Muezzin se elevó, pura y mística, congregando a los fieles a la oración de la tarde:

—No hay más que un solo Dios. Su profeta es Mahoma...

Otra voz más lejana repitió el mismo canto, y luego otra y otra y otra, y de toda la ciudad en el silencio místico de la hora, se oían sólo estas palabras, síntesis fanática del alma, acerba de una raza de sol, de sangre y de dominio:

—No hay más que un solo Dios...

Mientras, en el Oriente se alzaba majestuosa, como bordada en un estandarte guerrero, la media luna de plata.

IX

Aischa pernoctó en un fondak de las afueras, en compañía de un viejo siervo, Ibrahim, cuyo turbante verde hablaba de anteriores peregrinaciones.

Sus gentes acamparon en sus propias tiendas alzadas en un huerto de los arrabales.

Aquella noche apenas pudo pegar los ojos. ¿Encontraría al Mohadí entre la muchedumbre de peregrinos, innumerables como las arenas del desierto, las ondas del mar y las hojas de los árboles, que habían acudido a la Meca de todas las regiones del Islam? Aconsejada por Ibrahim decidió colocarse en la puerta de la Gran Mezquita para esperar el paso de los fieles y ver si entre ellos divisaba al matador de su esposo. Le seguiría sin separarse de él hasta no encontrar una ocasión propicia para su venganza.

Al amanecer, después de los rezos y abluciones rituales, tomó el camino del templo, guiada por Ibrahim. Iba vestida con sus mejores galas; y su paso era tan gallardo, su actitud tan arrogante y su rostro tan bello, que al cruzar por entre los palacios que conducen al Supremo Tribunal de Justicia, más de una celosía se descorrió para contemplarla, y más de un velo dejó ver la alucinación de unos ojos voraces, fijos en los suyos; prometedores de las caricias más ardientes.

Visitó primero la casa donde nacieron Mahoma y su hija Fátima, y luego el sepulcro de la dicha, la gloriosa y fuerte mujer que con su amor y su entusiasmo hacia el Profeta allanó los primeros obstáculos que se le presentaron en su camino. Toda la ciudad era un hervidero de gentes. Por las calles, engalanadas con tapices y colchas de los más vivos tonos, cruzaban en largas filas las procesiones.

Todas las puertas se abrían a su paso, y nuevas

gentes acudían a visitar los lugares sagrados, entonando versículos de las suras koránicas. Era un mar desbordante de jaiques y jzuhlans flotantes, de armas y de joyas resplandecientes, de turbantes ornados de joyeles y de plumas multicolores...

En los nichos empotrados en las paredes o bajo los arcos de la calle, los santos penitentes permanecían inmóviles, semidesnudos, con los ojos en éxtasis, repasando con sus dedos, largos y huesosos, las cuentas de ámbar de sus rosarios.

Y en el aire matinal flotaba un intenso perfume de rosas recién abiertas, de nardos, de jazmines, de incienso, de sándalo y de benjuí.

El Palacio de Justicia, en la cima de una pequeña colina, dejaba ver la elegancia suprema de sus arcos, la riqueza maravillosa de sus puertas de cedro tachonadas de plata y los arabescos fantasmagóricos de sus celosías y sus ajimeces.

Aischa, guiada por Ibrahim, ascendió lentamente por la cuesta ceñida de gruesas murallas y torreones almenados que conduce hasta Kaaba, «La casa de Dios».

Por las diez y siete puertas de arco penetraba, en un silencio religioso, la multitud.

Aischa y su acompañante se encontraron de repente en el inmenso patio, rodeado de cuatro órdenes de columnas de mármol blanco, granito y pórfido, unidas entre sí por bellos arcos de herradura, resplandecientes en sus remates de oro, añil y púrpura, y trabajadas a cincel como joyas. De los arcos cuelgan innumerables lámparas de plata perfumadas con los más fragantes óleos del Oriente.

A unos cien pasos de la columnata del Norte está la Kaaba, «La casa de Dios».

Conducen a ella siete preciosas galerías resplandecientes de azulejos y bordadas como encajes.

El modelo de este templo—dijo Ibrahim—bajó del cielo, formado con rayos de luz, a ruegos de Adán, el primer hombre, copia del que dos mil años antes se había construido en la mansión de las Delicias para adoración perpetua de los arcángeles.

Después del Diluvio, nuestro padre Abraham recibió del Señor el encargo de reconstruirlo, y en esta santa labor le ayudó su hijo Ismael.

Una puerta inmensa, mirando al Norte, toda chapeada de plata y oro, les detuvo.

La cubría un gran paño de seda negra, en el cual resplandecía, bordada en oro, la profesión de fe koránica:

—No hay más Dios que Dios, y Mahoma su Profeta.

Aischa, impulsada por la fuerza irrefrenable de su fe, penetró en el templo.

A la derecha, cerca de la puerta y como a un metro de altura, está empotrada en la pared la célebre piedra negra que, según cuenta una piadosa leyenda, descendió del cielo cuando Adán fué arrojado del Paraíso, y después el Arcángel Gabriel se la llevó a Abraham cuando reconstruía el templo.

Es de forma oval y de unos veinte centímetros de diámetro, y en su centro está escrita la fórmula sagrada:

«No hay más Dios que Dios».

En el día del Juicio ella se presentará ante el trono del Altísimo a acusar a todos los que la hubieran besado con labios impuros.

Aischa e Ibrahim se inclinaron reverentes y la besaron con unción.

A su lado se encuentra otra piedra mayor, la que servía de asiento a Abraham mientras reedificaban la Kaaba.

Después oraron largo tiempo sobre las losas de mármol verde, bajo las cuales esperan la resurrección los restos de Agar y de Ismail.

Tras pasaron la balaustrada de oro que rodea el pavimento y se encaminaron al célebre pozo del *zem-zem*, cuyo milagroso manantial hizo brotar un arcángel en el trágico momento en que Agar se tapaba el rostro con su manto para no ver morir de sed a su hijo Ismail, y bebieron también, como todos los peregrinos, de sus aguas lechosas y amargas que limpian de todo pecado.

Aischa abandonó aquel día el templo, desesperada de no encontrar al Mohadí. En vano Ibrahim preguntó por él, discretamente, a todos los beduinos que encontraba al paso.

Tristemente descendieron a la ciudad.

El sol fulgía en el cenit, y para librarse de sus rayos tomaron el camino de las tiendas de los joyeros y perfumistas, situadas en largas y estrechas callejas entoldadas con linos multicolores. A cada lado se abría el arco de un bazar, y en el fondo, el mercader, sentado sobre una esterilla de pita, mostraba sus mercancías.

Ante la tienda de un sabeo, de uno de esos hom-

bres ágiles y estrinos que se encaraman hasta los altos picachos donde anidan los rocs, para arrebatárselos las varetas del cinamomo con que fabrican sus nidos, se detuvieron un momento.

Un arrogante mancebo discutía acaloradamente con el vendedor el importe de un tarro de perfumes y el valor de una preciosa gargantilla de perlas de las islas de Awal.

Aischa reconoció al Mohadí, y se detuvo.

—Cincuenta dinhares—gritaba el mercader.

—¡Ladrón!—murmuró el Mohadí—. ¡Cincuenta palos te diera si no fuese por la festividad del día! Pero, en fin; ya que no tus razones, me convencen tus mercancías.

Y cogiendo un puñado de tierra añadió:

—Te doy tierra por tierra... y queda hecho el trato.

Llévamelos esta tarde al fondak de Antar, en las cercanías del Palacio de Justicia, y pregunta por Abul Mohadí.

Aischa e Ibrahim se alejaron, y después de avisar a los suyos, se trasladaron a la hospedería indicada por el Mohadí, donde pagaron, a precio de oro, una habitación estrecha y lóbrega.

X

Aischa no perdió de vista al Mohadí. Como una sombra se arrastraba cautelosamente tras sus pasos, siguiéndole en sus excursiones a través del laberinto de calles de la ciudad.

Una noche en el patio del fondak oyó que el Mohadí decía a uno de sus servidores:

Id preparando la partida... Arreglad en los cofres los presentes que llevo a Zahara, la favorita de mi corazón...

Partiremos cuando llene la luna.

Aischa se aproximó, y deteniéndose ante la yegua de la cual acababa de descabargar el Mohadí, le dijo a éste, mientras fingía examinar las condiciones del bello y noble animal:

—¡Buena cabalgadura! ¡Bien se conoce que pastó la hierba seca del desierto! ¡Qué cuello! ¡Qué orejas y qué remos tan finos! Bendeciréis a Dios por haberos dado un animal semejante...

—¡Ya lo creo —respondió complaciente Mohadí, halagado en su vanidad—. Además, esta yeyua tiene una historia que va unida a la de mi vida.

En cierta ocasión—añadió confidencialmente—marchaba yo al frente de una larga caravana que conducía perlas de Awal, cinamomo, benjuí, ámbar, oro, plata y mirra; en fin, todas las riquezas fabulosas de Samarcanda, Hadramut y la India, cuando en unos desfiladeros nos atacaron unos beduinos. Mis gentes huyeron al primer encuentro, y solo yo, al frente de algunos fieles, intenté resistir. Mandaba los beduinos un mancebo arrogantisimo, que apenas me vió se vino hacia mí a toda brida, lanza en ristre. Yo levanté en alto mi corcel, y haciéndole girar sobre las patas, evité ágilmente el golpe. La lanza pasó rozando las cinchas.

Me volví rapidísimo, y de un golpe certero atravesé a mi contrario.

Todos se detuvieron un instante para socorrer al

herido y viéndome solo, aproveché esta confusión para escapar a rienda suelta. Después de varias vicisitudes, busqué amparo en un aduar; pero el dueño de la tienda que me dió asilo, era el padre del mancebo muerto por mi mano.

Llegaron los compañeros de éste y entregaron al padre el cuerpo de su hijo. Me reconocieron, y, como es natural, reclamaron mi cabeza.

Pero el buen viejo, no sólo no accedió a ello, sino que me dió esta yegua, pues la mía había muerto al llegar al aduar, y él mismo, al frente de sus guerreros, me acompañó hasta un lugar seguro.

Aischa no pudo reprimirse. Su mano tembló sobre la empuñadura de su alfanje; pero haciendo un terrible esfuerzo de voluntad, interrogó al Mohadí, con la voz aún insegura:

—¿Y hace mucho tiempo de esto, buen hombre?

—Poco más de un año.

—¿Y no temes a la familia del muerto?

—Era hijo único, y su padre no había de salvarme la vida para después darme muerte.

Mas hablemos de otra cosa. Tú, joven, pareces experto en cuestiones de joyas, te he visto siempre a mi lado, en los bazares, eligiendo perlas y crisólitos, y tus pupilas eran tan expertas en la tasa que jamás los mercaderes se atrevieron a regatear el precio.

Quiero mostrarte las que llevo como regalo a mi favorita.

Desde entonces fueron amigos inseparables. Mohadí le consultaba en sus compras, y Aischa se

complacía en elegirle los perfumes más ricos y las piedras más puras.

El día antes de la partida, dijo Mohadí:

—¿Por qué no hacemos el viaje juntos? Te tendrías en mi aduar y celebraríamos fiestas en tu honor.

—Acepto gustoso tu ofrecimiento — respondió Aischa.

Y al día siguiente se pusieron en marcha.

Los peregrinos regresaban a sus hogares, alegres de haber cumplido sus votos. Los turbantes verdes fingían una primavera tardía en los senderos escuetos.

El Mohadí llevaba en su compañía treinta jinetes y casi el mismo número de criados.

Las gentes de Aischa no pasaban de cincuenta. Esta caminaba conversando afablemente con su amigo; pero muchas veces sus ojos ardían como si todos los relámpagos de una tormenta pasasen por ellos, y sus manos tenían que hacer esfuerzos inauditos para no desnudar el acero.

—Pero no; su venganza sería más noble, cara a cara, en campo abierto.

Llegaban ya casi al término de su viaje.

Habían caminado toda una jornada por un terreno árido y la sed abrasaba todas las gargantas.

Sus hombres y los del Mohadí avanzaban fatigados, pidiendo a Dios, a grandes voces, el amparo de una fuente.

De pronto, al descender una colina arenosa, se hallaron ante una cisterna. El cubo de hierro pendía de la cadena, como invitando a beber al peregrino, y tres palmeras se alzaban majestuosamen-

te ofreciendo el reposo de sus anchas sombras.

Unos y otros se precipitaron hacia la cisterna, y por querer todos beber primero, vinieron a las manos, propinándose algunos palos y hasta saliendo a relucir los aceros.

Ibrahim, como a una señal convenida, arremetió con su lanza al criado favorito del Mohadí y le pasó de parte a parte. El combate se generalizó. Los dos bandos se abrieron en ala, acometiéndose rabiosamente.

Entonces Aischa, aproximando su yegua a la del Mohadí, le dijo a éste:

—Nuestras gentes pelean y se matan por una cosa baladí. Nosotros, en cambio, tenemos cuentas graves que saldar. ¿Te acuerdas de Muhamed el Assadi, a quien atravesaste con tu lanza? ¿Recuerdas las palabras que momentos antes de que partieras de la tienda del viejo Almanzur murmuró una sombra a tu oído? El momento ha llegado... Defiéndete... ¡Venganza del Assadi!

Al ver que sus señores iban a luchar, los dos bandos se detuvieron, inmóviles, alzados sobre los estribos; y hasta los heridos, tendidos en la arena, alzaron sus cabezas ensangrentadas para presenciar el combate.

El Mohadí, presintiendo la agilidad y la fuerza de su adversario, se decidió a darle un golpe maestro.

Picó espuelas, tendió la lanza y, en línea recta como una flecha partió hacia Aischa.

Esta hizo girar su corcel, y sin tiempo para que el Mohadí se detuviera le dejó pasar, atravesándole el costado de un lanzazo.

Los siervos intentaron socorrer a su señor; pero fueron dispersados por las gentes de Aischa, más aguerridas y, sobre todo, preparadas de antemano para este encuentro.

El Mohadí se desplomó de su yegua, dejando escapar de sus manos la lanza.

Aischa, entonces, echó pie a tierra, y dirigiéndose velozmente al moribundo, le dijo:

— ¡Dios te ampare, Abul Mohadí! Así las gentes conocerán cómo sabe vengarse la mujer de Muhamed el Assadi.

Y al terminar estas palabras, levantó la espada con ambas manos, y de un solo tajo cercenó el cuello del guerrero.

— Ibrahim—dijo luego a su siervo—, recoge esa cabeza y llénala de alcanfor, y enciérrala en el cofre más rico.

Quiero que vuelvan a sonreír, una vez siquiera antes de expirar, los labios del viejo Almanzur.



EL ÚLTIMO ABDERRAMAN

A sidí-Ahmed-el-Muaz, al grande
y noble poeta, gloria del Islam.